

Diego Aretz



Malcolm Deas

**Retrato del inglés
que hizo de Colombia
su historia**



Prefacio de James A. Robinson
Premio Nobel de Economía

**Malcolm Deas**

Retrato del inglés que hizo de Colombia su historia



Diego Aretz

Malcolm Deas

**Retrato del inglés
que hizo de Colombia
su historia**

Prefacio de James A. Robinson
Premio Nobel de Economía

Nombre: Aretz, Diego, autor. | Robinson, James A., escritor del prólogo.

Título: Malcolm Deas : retrato del inglés que hizo de Colombia su historia / Diego Aretz ; prefacio de James A. Robinson.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Escuela de Gobierno Alberto Lleras Camargo, Ediciones Uniandes, 2026. | 388 páginas : fotografías ; 14,5 x 19,5 cm

Identificadores: ISBN 978-628-7949-00-3 (rústica) | 978-628-7949-01-0 (e-book) | 978-628-7949-02-7 (epub)

Materias: Deas, Malcolm D. – Homenajes | Deas, Malcolm D. – Compañeros y amigos | Historiadores – Siglo XX | Británicos en Colombia | Colombia – Historia

Clasificación: CDD 907.202-dc23

SBUA

Primera edición: septiembre del 2026

© Diego Aretz

© James A. Robinson, del prólogo

© Universidad de los Andes, Escuela de Gobierno Alberto Lleras Camargo

Ediciones Uniandes

Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

ediciones@uniandes.edu.co

ISBN: 978-628-7949-00-3

ISBN e-book: 978-628-7949-01-0

ISBN epub: 978-628-7949-02-7

DOI: <https://doi.org/10.51573/Andes.9786287949003.9786287949010.9786287949027>

9786287949003.9786287949010.

9786287949027

Universidad de los Andes | Vigilada
Mineducación. Reconocimiento como
universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de
1964. Reconocimiento de personería jurídica:
Resolución 28 del 23 de febrero de 1949,
Minjusticia. Acreditación institucional de alta
calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de
enero del 2025, Mineducación.

Corrección de estilo: Fabián Bonnett

Diseño editorial: Boga Visual

Imágenes de cubierta: fotografía
principal por Paul Gervis; imágenes
de hojas de unsplash.com,
biodiversitylibrary.org y commons.wikimedia.org; imagen de estampilla de
commons.wikimedia.org

Impresión:

DGP Editores S. A. S.

Calle 63 n.º 70D-34

Teléfonos: 601 721 7641 - 601 721 7756

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida ni en su todo ni en
sus partes, ni registrada en o transmitida por
un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, sea
mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,
electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro,
sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Dedicado a los amigos
y estudiantes de Malcolm.

Prefacio p. 9 | **La idea de este libro** p. 11 |
Nostromo y Deas p. 14 |
El Oxford de Malcolm Deas p. 50 |
Reminiscencias de India o la
tierra de Colón p. 58 |
El origen de sus inquietudes
intelectuales p. 70 | **El oráculo de**
Oxford p. 102 | **Los colombianos**
de Oxford p. 118 | **Malcolm Deas**
underground p. 130 | **Colombia,**
ese rico país lejano p. 152 |
Las causas objetivas de
la violencia p. 174 |

**Algunos pensadores colombianos,
arte y violencia** p. 196 | **Un viaje
con Rocío Londoño** p. 218 |
Colombia a la acuarela p. 254 |
Los presidentes que conoció
p. 272 | **La historia de Colombia
en los ojos de Malcolm** p. 298 |
**La obra de Malcolm en clave
de Colombia** p. 312 | **El amor en
la vida de Malcolm Deas** p. 370 |
**Extraños parientes, Borges
y Malcolm** p. 380 |
Epílogo p. 391

Prefacio

ESTE LIBRO ES UNA COLECCIÓN de ensayos y entrevistas en homenaje a la memoria de Malcolm Deas, un historiador modesto, como él mismo habría dicho, que, sin embargo, acabó teniendo una presencia imponente en la Colombia contemporánea. ¿Qué otro historiador habría recibido homenajes de cuatro expresidentes del país, premios Nobel, estadistas, ministros, intelectuales y la élite de los historiadores profesionales colombianos, la mayoría de los cuales estudiaron con él en Oxford? Quizá Henry Kissinger conociera a más presidentes, pero las opiniones habrían estado divididas, y ciertamente no habría recibido los mismos elogios de intelectuales o académicos. ¿Cuál era su secreto? Malcolm solía decir de Colombia que “el país progresa de noche”. Con esto quería decir varias cosas: en primer lugar, que Colombia avanzaba poco a poco, sin que uno se diera cuenta, hasta que ya había sucedido. De modo furtivo, en lugares donde uno no se lo esperaba e iniciado por personas de las que uno no se imaginaba que moverían una nación. En un sentido más profundo, quería decir que Colombia no se ajustaba a las leyes de la historia. De hecho, Malcolm no tenía una teoría de la historia. Pensaba que la historia era la composición de pensamientos, aspiraciones y acciones de millones de personas corrientes, cuyo comportamiento se sumaba de alguna manera

en un todo complejo e impredecible. Esto significaba que tenía poca paciencia con los científicos sociales y sus leyes simplistas, aunque me toleraba a mí, de algún modo. Tal vez porque yo también compartía su pasión por el país. Tampoco tenía mucho tiempo para historias sobre élites u oligarcas; para él, las acciones de la persona que vendía el chance afuera del Éxito eran tan significativas para el futuro de Colombia como las de la gente del Palacio de Nariño. Por eso se interesaba igualmente por todo y por todos, en cualquier rincón del país, y habría pasado el fin de semana tan felizmente en Tunja como en Villa de Leyva. Creo que eso condujo también a su disposición increíblemente abierta y empática hacia todos. ¡Todo el mundo era interesante, tenía una historia que contar, formaba parte de la historia, podía cambiar el mundo! En consecuencia, no fue una figura polarizadora y llegó a ser acogido como un tesoro nacional por su erudición y su pasión por el país y su gente.

El libro es un asombroso homenaje a la vida y la personalidad de Malcolm, y espero que además de reflejar sus logros intelectuales y su profunda comprensión de la historia y la sociedad colombianas, transmita también una idea del hombre y el amigo tan cálido y maravilloso que era. Nos hace falta a todos, y viajar a Bogotá (o a Tunja) nunca volverá a ser lo mismo.

James A. Robinson

Premio Nobel de Economía

La idea de este libro

LA IDEA DE ESTE LIBRO fue acceder al archivo de Malcolm Deas y tratar de buscar en su vida la posibilidad de una imagen de quien fue. No se trata de una biografía, sino de algo distinto: una mezcla de perfil periodístico y una visita a su vida, a través de diálogos con amigos suyos, estudiantes y colegas, conversaciones con él y la lectura de sus obras. Se trataba de un libro que recogiera no solo su voz, sino las voces de personas cercanas a su vida e, incluso, algunas páginas de sus textos.

Cuando comencé la escritura del texto, ya Malcolm padecía una enfermedad avanzada, y su salud fue decayendo con el paso de los días. Aunque no pude verlo personalmente, sí tuve una serie de entrevistas con él vía *online*. Aprovechamos reuniones por Meet y Zoom, e incluso llamadas por WhatsApp. Para mí era un reto enorme, no solo por la vida tan vasta y diversa de Malcolm, sino, sobre todo, porque yo apenas lo había visto una vez en persona, y conocía solo algunos de sus trabajos sobre historia. Me gané su confianza a través de las pantallas y le hice preguntas que lograron engancharnos en una grata y entretenida conversación. Debo confesar que una fuerte nostalgia

acompañaba nuestras charlas, pues yo sabía que eran de las últimas que él tendría. Para mí, no era solamente la vida de Malcolm. Era sobre todo la historia de Colombia contada por un testigo único. Un testigo de gran erudición con una vida que le permitió tener durante más de cinco décadas una mirada privilegiada y singular de los sucesos colombianos.

Estas entrevistas sumaron horas. Cada entrevista era un acercamiento a su vida y su humanidad. En cada una, su esfuerzo para mantener el hilo del diálogo era alto. Las conversaciones fueron sustanciosas y abarcaron mucho, pero también me permitieron ver el declive de su vida. La lucidez de Malcolm estuvo presente hasta la última conversación. Un día de esos, en el 2023, escribí al teléfono de Malcolm y quien me respondió fue su compañera, la profesora Rocío Londoño. Las noticias no eran buenas.

Tras su fallecimiento, el libro cambió de rumbo. Sería un libro donde la voz de Malcolm fuera la primordial, pero en polifonía con otras voces. Sería un acercamiento a numerosas facetas de su vida, a personas que lo conocieron en momentos únicos, a sus alumnos y colegas, a su vida política y también familiar, a los libreros que ocuparon sus tardes y también a presidentes con los que tuvo relación, a sus textos, además de contrastar muchas cosas de esa vida única y llena de claroscuros. Este es ese libro construido con muchas voces y con Malcolm, un Malcolm vivo y lleno de ideas, de preguntas y del humor que tanto lo caracterizó.

No fui amigo de Malcolm, no fui su discípulo y tampoco su estudiante. Soy un periodista, un *outsider* de esta historia, pero tengo, después de tanto escucharlo y pensar sobre él, una gran empatía y un afecto cómplice. Algunas tardes, al escribir, lo

imaginaba contándome cuentos o cuestionándome sobre lo que escribía. Siempre lo imaginaba debatiendo y preguntando con afecto e inteligencia. Malcolm era un ser humano generoso en muchos sentidos, y de un intelecto excepcional. Asomarme a su vida es también asomarme a nuestra historia y al destino que hemos construido como sociedad. Este libro honra su memoria, honra su afecto por Colombia y su solidez intelectual en intentar encontrar sentido a este, nuestro país. Finalmente, también el de él.

Agradezco a Jaime Bermúdez por invitarme a hacer parte de esta historia. A Rocío Londoño por su apoyo incondicional al proyecto. A los amigos de Malcolm que hicieron posible este libro. A todas las personas que compartieron sus historias y memorias para este libro.



Nostromo

Si uno quiere entender algo, uno tiene que describirlo con todos los detalles posibles.

—Malcolm Deas

Entonces tomé el mapa y fui bajando desde México y llegué a América Central, y bueno, ahí estaba Colombia, un país grande, y era, claro, el país de las novelas que yo había leído.

—Malcolm Deas

La historia se nos presenta, al igual que la vida misma, como un espectáculo fugaz, móvil, formado por la trama de problemas intrínsecamente mezclados y que puede revestir, sucesivamente, multitud de aspectos diversos y contradictorios. Esta vida compleja, ¿cómo abordarla y cómo fragmentarla a fin de aprehender algo? Numerosas tentativas podrían desalentarnos de antemano. No creemos ya, por tanto, en la explicación de la historia por este u otro factor dominante. No hay historia unilateral.

—Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*

y Deas

ME IMAGINO LA LLEGADA de Malcolm Deas a la Bogotá de 1963. Las casas Tudor de Teusaquillo y la Merced lo recibieron como si estuviera llegando a un barrio inglés en Dorset o el sur de Londres. Malcolm tenía 22 años. Era un joven apasionado de una generación de intelectuales británicos y oxfordianos que

se vincularon las siguientes décadas al estudio de América Latina. Al llegar al aeropuerto Eldorado desde Londres, Malcolm no sabía que Colombia iba a convertirse en su segundo hogar por los siguientes 60 años, y quizás en su propio y verdadero hogar, ni que años después iba a recibir la ciudadanía y que se convertiría en uno de los más influyentes historiadores en ese extraño país del trópico.

Como Joseph Conrad con Inglaterra, país que adoptó en cambio de su originaria Polonia, Malcolm adoptó a Colombia. Es este un dato de extrema importancia literaria para comprender la dualidad Colombia-Inglaterra. Malcolm había leído a Joseph Conrad, en Inglaterra, quizás en un mullido sillón del All Souls College, de Oxford, o quizás en una fría biblioteca de la universidad. En 1904 Conrad escribió *Nostromo*, una novela política determinante en la imagen que Malcolm tendría de América Latina y de Colombia. Según Malcolm, en su texto *Del poder y la gramática*, Conrad se inspiró en sus conocimientos sobre sucesos reales de América Latina, entre los que se puede contar la separación de Panamá. Conrad preparó la novela leyendo relatos de viajeros a Latinoamérica, como *On Many Seas, The Life and Exploits of a Yankee Sailor*, de Frederick Benton Williams y William Stone Booth (1897); *Venezuela, Sketches of Life in a South American Republic* (Londres, 1868), de Edward B. Eastwick, y *Seven Eventful Years in Paraguay* (Londres, 1869), de George F. Masterman, además de las memorias de Garibaldi. Asimismo, durante la escritura de su libro, señala Malcolm, Conrad tuvo cercanía con Robert B. Cunninghame y el colombiano Santiago Pérez Triana, hijo del expresidente Santiago Pérez Manosalva. Malcolm señala que Pérez Triana fue el modelo para don José Avellanosa en *Nostromo*.

Casi 55 años después, en su libro *Del poder y la gramática*, Malcolm hablaría de esto: “El joven marinero, de unos dieciocho años entonces, era Joseph Teodor Konrad Nadecz Korzeniowski, mejor conocido por la versión inglesa de su apellido: Conrad. Su viaje, aun con el riesgo de haber sido atracado por querer calmar la sed, no fue en sí memorable”.

Y sigue Malcolm:

Un cuarto de siglo después, cuando hacía el esfuerzo de transformar las pequeñas irritaciones de su memoria en una visión de “toda una época en la América del Sur”, el novelista Conrad se quejaba de lo poco que recordaba: “Mis contactos con la tierra fueron breves e interrumpidos [...] si mencioné doce horas, eso se relacionaba con Puerto Cabello [...] Eso hace ya tanto tiempo [...] Únicamente una pequeña mirada, hace veinticinco años”.

17

Sin embargo, esa “pequeña mirada” tuvo un resultado literario monumental: su novela *Nostromo*, de 1904. *Nostromo* es, sin duda alguna, la mejor novela en la lengua inglesa con tema y escenario de América Latina, y una de las pocas novelas en cualquier lengua que maneja con éxito grandes temas políticos: orden y anarquía, revolución e imperialismo, capital, libertad, democracia, demagogia...

El inglés fue la tercera lengua, o incluso la cuarta, de su autor, después de su polaco materno, algo de ruso y francés. Pero su nacimiento polaco y católico le ayudaba. No compartía la arrogancia anglosajona del siglo pasado frente a las destartaladas repúblicas del trópico, ni el rechazo protestante de las sociedades

católicas, especialmente de las sociedades católicas latinas. Malcolm hablaría conmigo también de esos inicios, de esa breve conexión con Colombia, que tenía antes de llegar y, curiosamente, de su inicial interés en el periodismo.

Yo vengo —me dijo— de una familia algo imperial. Mis papás estaban en la India, mi abuelo estaba en la India, mis bisabuelos, etcétera. Muchos. Cuatro, cinco generaciones en la India. Habían pasado su vida profesional y ya. Y después se metieron al Reino Unido. En 1947 se acabó el Imperio británico en la India, entonces cualquier impulso hereditario de hacerme periodista en la India se fregó. Se acabó la oportunidad. Yo tuve ganas de viajar. No tuve nunca la idea de que no iba a viajar. Y tuve un interés medio romántico en América del Sur. Eso vino de leer novelas. Una novela que leí, ya completamente olvidada, del poeta John Edward Masefield, se llama ODTAA, las letras de *One Damn Thing After Another* (Una condenada cosa tras otra). Esta novela a mí me encanta. Es muy ligera. En efecto, yo pasé estudiando un año entero en Oxford sobre historia mexicana, pero México no me agarró. Colombia era un país enorme, un país sumamente desconocido, pero es, en efecto, el país de cierto modo de Masefield y de *Nostromo*. Es muy claro que Costaguana, en el libro de Conrad, es básicamente Colombia; *Nostromo* cuenta la separación de Panamá. Sulaco era básicamente Panamá.

1963 fue un año de mucha turbulencia en Colombia, solo un año antes de la famosa Operación Marquetalia, en la que el presidente Guillermo León Valencia bombardeó las llamadas

“repúblicas independientes”, un hecho icónico del conflicto colombiano. En 1961, en el Congreso de la República, el entonces senador Álvaro Gómez Hurtado, hijo del expresidente Laureano Gómez, señaló varios puntos en el territorio nacional que, según su opinión, representaban una amenaza, ya que eran “repúblicas independientes” que escapaban al control del Estado colombiano. Poco a poco, ese concepto acuñado por el senador Gómez fue tomando fuerza y, en 1964, el Gobierno del presidente conservador Guillermo León Valencia decidió adelantar un operativo para tomar los territorios por la fuerza. Aquello se conoció como la “operación Marquetalia”, y consistió en un despliegue militar que desalojó a los llamados “bandoleros” de zonas como Marquetalia (corregimiento de Gaitania, en el municipio de Planadas, Tolima), Riochiquito (Cauca), El Pato (Huila) y Guayabero (Guaviare).

En 1963, Bogotá era una ciudad de 1,6 millones de habitantes. Los extranjeros eran rarísimos y las costumbres “cachacas” dominaban la fría ciudad, donde sombreros y abrigos de las clases medias y altas contrastaban con las vestimentas de las migraciones de los campos tórridos que empezaban a inundar la ciudad. Malcolm recuerda que era un inglés delgado, de 22 años, con muy poco español. Llegó a un muy precario hotel del centro de Bogotá, donde comenzó a practicar su español con las “señoritas alegres” que se hospedaban allí.

Para ese momento, los estudios académicos sobre Colombia eran muy escasos y Colombia era un país muy desconocido por los académicos extranjeros. Inglaterra no era la excepción. Aunque ya se podían contar algunos trabajos en inglés del historiador estadounidense David Bushnell, era muy poco lo que realmente había. Malcolm Deas había conocido solamente a un

colombiano antes de venir a Bogotá. Él mismo lo narra en la introducción a su libro sobre el presidente Barco:

El primer colombiano a quien conocí, en su visita a Oxford en 1963, recién salido de su presidencia, fue a Alberto Lleras Camargo. No cuadró con la vaga noción que pasó por mi mente de joven anglosajón de lo que era un político de la América tropical, ni ese hombre de marcada individualidad sirvió como ejemplo típico de ningún grupo humano.

Alberto Lleras, uno de los colombianos más universales del siglo XX, fue para Malcolm el irónico referente de un país que aún no entraba en la modernidad.

A veces analizamos la vida de Malcolm sin tener en cuenta sus primeros pasos y que su llegada fue, de algún modo, muy modesta, y lejos de cualquier carácter oficial. Su llegada a la Universidad de los Andes es incierta. No se sabe con exactitud quién lo llevó. El exministro Fernando Cepeda, uno de los amigos más cercanos a Malcolm, supone que fue Alec Bright, un inglés oficial de la Marina Británica que tenía una relación estrecha con la universidad. Cepeda recuerda cómo lo aceptaron: “Le dimos un cubículo o, para decirlo más concretamente, un escritorio, y una ventana, para que iniciara su labor y su vida académica. En Oxford, las personas eran muy modestas. No pedían nada. Así era Malcolm”.

Sobre esos primeros años en Colombia, y lo difícil que fue comprender lo que pudo encontrar, es muy dicente lo que escribe Malcolm:

Me despisté mucho los primeros dos años. Era muy inocente. Era muy difícil entender el país, porque incluso los colombianos no lo entendían. Alguien de la época me contaba cómo de dura era la vida en Colombia, que a Gaitán no lo aceptaban en el Jockey Club. Eso era muy raro para un inglés. Pensar que un líder de izquierda quería ser aceptado en un club de “oligarcas” era bastante raro. La política colombiana era muy complicada. Era difícil entender lo que estaba sucediendo, la formación de las guerrillas.

Eran los años sesenta, y la revolución cubana se convirtió en una matriz importante para entender la región. Fue también un momento en el que se despertó un inusitado interés por ella en países como el Reino Unido.

Desde muy temprano de su llegada a Colombia, sus viajes a territorios apartados del centro del país fueron constantes. Fue un rasgo suyo que no abandonó en la vida. Hizo viajes constantes por las diversas regiones del país y logró conocer buena parte de lo que serían sus siguientes trabajos. De esa relación con las diversas regiones de Colombia dan cuenta sus primeros escritos, que son una mezcla de nuevo periodismo y antropología, como queda claro en los informes que envió por aquellos días al doctor Richard H. Nolte, director del ICWA, en Nueva York¹.

1 Malcolm Deas, “Informes al Institute of Current World Affairs, 1964-1966”, en *Un homenaje*. Bogotá: Banco de la República, 2024.

¿Cómo se puede transmitir la atmósfera de esta elevada y claustrofóbica ciudad desprovista de aire a quienes nunca han estado allí? Al descansar de ella en los amplios espacios de *tierra caliente*, en una tierra plana que es tan tranquila como Bogotá nerviosa, o incluso a medio camino de la montaña, donde debería ser más fácil recordar que en algún lugar arriba la ciudad todavía está allí y su vida continúa, cuesta creer que Bogotá exista. Se presenta en la memoria como una pesadilla, en sí misma un “país de los ciegos”, una fantasía tropical de Firbank² totalmente invertida. No hay palacios ni fuentes, no hay negros brincando, no hay flores de naranjo, no hay colibríes. Aunque técnicamente la ciudad es criolla, no tiene nada de la calidez o la belleza vagamente asociadas con esa palabra.

Su clima es otoñal, sus colores son los aburridos tonos verdes de los pinos y eucaliptos, los grises del cemento y el polvo de la ciudad. El vestido de la mayoría de las mujeres que están a la vista y de todos los hombres es sobrio. Los estilos masculinos son conservadores e ingleses. Los trajes tienen chalecos, e incluso los mendigos llevan chaleco. Los pobres usan encima de sus vestidos un pedazo de manta con un agujero en el medio para su cabeza. Esta es su única

- 2 Nota del editor: alusión del autor al novelista inglés Arthur Annesley Ronald Firbank (1886-1926), educado en el colegio Uppingham y luego en el Trinity Hall de la Universidad de Cambridge. Viajero empedernido, rentista consumado y escritor apreciado por W. H. Auden, Firbank murió a una temprana edad dejando una obra reconocida, entre la que destacan sus novelas *Vainglory*, 1915, *Valmouth*, 1919, y *The Flower Beneath The Foot*, 1923.

concesión a lo *folclórico*, y nunca lo pintoresco se hizo tan monótono: los colores son marrón oscuro o negro sucio.

Y casi desde su primer viaje a Colombia tuvo una relación directa con antropólogos que llevaban investigaciones en el territorio colombiano. Tal es el caso de Gerardo Reichel Dolmatoff y Stephen Hugh Jones, con quienes viajó por diversas regiones del país. Por suerte, aún se conserva el archivo fotográfico de esos momentos: uno en el Vaupés (imagen 4) y el otro en la finca Toledo, de la familia Gervis, en Envigado (imagen 5).

Hugh Jones, antropólogo que por más de cinco décadas ha estudiado la realidad colombiana, profesor de la Universidad de Cambridge y uno de los primeros amigos de Malcolm en sus viajes, lo recuerda así: “Yo iba al Vaupés, pero Malcolm no tenía ninguna idea de la selva tropical. Ninguna experiencia directa. Entonces, él me dijo que quería venir, que quería conocer indígenas”. Recuerda que eran muy difíciles los viajes: “Queríamos ir a una comunidad, pero los sacerdotes monfortianos no nos dejaban ir con ellos si no les ayudábamos. Entonces, tuvimos que cargar la estatua de un santo católico por la selva para que nos dejaran llegar”. Esta imagen, de la que ni yo ni nadie tiene archivo, es quizás el inicio de esa cinematografía no grabada, de una vida llena de retratos contrastantes y sorprendentes. Imaginar a Malcolm y Hugh Jones veinteañeros cargando la estatua de un santo católico en las selvas del Vaupés parece más un retrato del *Fitzcarraldo*, de Herzog, que los albores de un antropólogo, en el caso de Jones, y de un historiador, en el caso de Deas.

Malcolm era impresionante —dice Hugh Jones— y hablaba con todo el mundo. Era muy chistoso. Recuerdo que encontramos a un señor que tenía muchos bares en Mitú, y uno de sus hombres estaba leyendo *El paraíso perdido*, de Milton. Malcolm le preguntó: “¿Por qué usted está leyendo este libro?” El tipo respondió: “Para darme una mejor comprensión de la vida”. Malcolm era experto en encontrar detalles, incluso absurdos. Descubrimos en la selva una estatua abandonada de [Gustavo] Rojas Pinilla. La habían abandonado porque él ya no era presidente, así que ya no tenía sentido su estatua. Aún había muchos caucheros. Era una experiencia interesante para Malcolm, desde el punto de vista histórico, y para mí, desde el punto de vista antropológico.

Es difícil no dimensionar lo que significó para Colombia su llegada y su futura transformación. No ha habido en la historia del país ningún extranjero que haya desarrollado una relación tan estrecha con el poder político del país y al mismo tiempo una relación académica tan amplia. Luis Guillermo Parra lo recuerda muy bien: “Es asombroso, si uno piensa en cómo llegó y en lo que terminó transformado”. El mismo Deas me contó sobre su decisión: “Yo era muy inocente. Los primeros días, cuando vi esas casas inglesas de Teusaquillo, pensé: ¿qué carajo he hecho? Era evidente que esa no era la realidad que yo había imaginado para venir a estudiar”.

Fue gracias a la sugerencia de Raymond Carr como Malcolm llegó a América Latina. A los profesores de Oxford les llamaban la atención la reforma agraria mexicana y el Brasil, de las academias estadounidense y anglosajona, pero para Malcolm fue más

interesante Colombia. En realidad, había algo de rebeldía juvenil y de rechazo a la academia y la cultura estadounidenses, pero también había una gran intuición, pues su interés prematuro en Colombia lo posicionaría después como un colombianista de singular importancia. Así me lo contó en las conversaciones que tuve con él:

Eso no cuadraba con mi instinto de viajero esnob. Todo eso del ambiente académico de los Estados Unidos nunca me ha atraído tanto. Reconozco que hay gente muy buena, pero la universidad gringa tiene tendencias que yo rechazo. Uno, es el dogmatismo de considerar cuáles son los temas importantes. Yo recuerdo que, a principios de los sesenta, era muy importante la historia demográfica. Había que hacer una historia numérica, sobre cuántos indios y cuántos negros. Ponían énfasis en el trabajo colectivo. Recuerdo que el libro más importante de ese momento era sobre Zapata, y yo no soy un zapatista por instinto. Quería trabajar en Colombia, pero nunca hice doctorado. Sin embargo, Dios me ha castigado con la supervisión de más de 60 doctorados. Y no hice doctorado porque no tuve un tema, porque era tan ignorante de algo en específico, que no pude tener una claridad. Además, me despisté de lo lindo esos dos años. En parte porque era muy difícil para mí entender el país, pero también porque los colombianos tampoco lo entendían.

Uno de los rasgos llamativos de su manera de ver la historia y el mundo, en general, era el escepticismo constante, la aguda humildad intelectual que desarmaba cualquier estructura o

análisis demasiado “serio”, una autocrítica con su propio país: “En ese momento la ignorancia académica de Inglaterra sobre América Latina era casi total”. Y un escepticismo con los sueños políticos de la izquierda latinoamericana en los años sesenta: “Sin la Revolución cubana no habría guerrillas en Colombia. Nunca he sido de esa índole política. Fui escéptico desde el principio”.

Es cierto que Malcolm era muy crítico de los académicos colombianos, pero también fue un asiduo estudioso de lo que se estaba produciendo en su momento en el país: “Cuando uno mira la universidad colombiana de principios de los sesenta, su capacidad de análisis del país era muy débil. Los primeros libros de Fals Borda, sobre el campesinado, eran muy buenos, pero pasa luego a despistarse: el ensayo de Fals sobre la violencia en Colombia es un fracaso”.

Salvo Carr, no había prácticamente nadie a quien Malcolm considerara su “maestro” o tutor en la época. Quizás había algo de arrogancia juvenil, para llamarlo de alguna manera, pero también es cierto que su aguda inteligencia, tal como se ve en los primeros textos de informes enviados a los Estados Unidos³, lo llevaba a descreer de todo el mundo, a profundizar en los textos y a contrastar las diversas versiones. De alguna manera, eso le permitió abrirse a un sinnúmero de fuentes vivas y de versiones diversas de la realidad política, que era su interés más directo. Haber sido testigo en Oxford de la visita del expresidente Alberto Lleras fue premonitorio de lo que sería su historia con Colombia. Su primer encuentro con un colombiano fue con uno

3 Malcolm Deas, “Informes al Institute of Current World Affairs, 1964-1966”.

de los presidentes más influyentes del siglo XX en nuestro país. El académico y amigo de Malcolm Diego Pizano recuerda que

cuando se creó el Centro de Estudios Latinoamericanos de Oxford, Alberto Lleras pidió una audiencia, ya siendo expresidente. En el Centro no había nadie que supiera nada de Colombia. Y le dijeron a Malcolm: usted encárguese de este señor Lleras, que ellos imaginaban como una especie de tejano, con botas y sombrero, un *cowboy*. Pero cuál no sería la sorpresa de Malcolm cuando llegó un señor sumamente bien vestido, de muy buenos modales, de muy buena educación, con un inglés que, aunque el acento era pesado, la gramática era correcta y el vocabulario era bueno. Malcolm decía que de Alberto Lleras lo impresionó mucho su nivel intelectual, y él como persona.

27

De aquellos primeros años en Colombia, Malcolm me cuenta:

Me hice lector de la Biblioteca Luis Ángel Arango, y me encontré con un grupo de amigos que estaban tan despistados como yo. La dirección de esa biblioteca estaba a cargo de Mario Duarte French. Marco Palacios decía que Duarte French había entendido que se podía dirigir una biblioteca como una hacienda. Yo leí los clásicos, los libros de la Academia de Historia, leí a todos los hombres del siglo XIX. Los colombianos hablaban mucho de oligarcas y terratenientes, mucha “paja” sin mucho sustento empírico. Yo veía que la realidad de Colombia no era como la pintaban los analistas de esa época.

Incluso se nota su escepticismo acerca de los mismos enviados del Gobierno británico:

Yo tuve unas conversaciones con un embajador inglés, un viejo simpático. Él pensaba que había que dar unos consejos al joven Deas. Él me dijo: “Mire, joven Deas, esos colombianos parecen caballeros ingleses, pero no lo son”. Era evidente mentira. Concluí que la diferencia no era muy grande entre la estructura social colombiana y la inglesa.

Como me lo ha dicho Sergio Jaramillo, la gente que se acercó a Malcolm terminó relacionándose también con su pensamiento. Finalmente, sus textos fueron sus ideas. Muchos historiadores conocieron su trabajo directamente, pues era un historiador al que le interesaba que sus ideas influyeran en la historia misma.

Sus búsquedas no siempre encontraban caminos fáciles, y hubo preguntas que lo persiguieron toda su vida. Y reflexiona al respecto:

Solo hay que mirar la violencia en los años cuarenta y cincuenta; hay que reconocer que es complicado, no hay una explicación fácil. En los primeros 150 años la política había llegado a todas las bases sociales, era un país muy politizado, no es exactamente eso una sociedad diferencial, no era una sociedad gobernada por las oligarquías. Tenía una pregunta, naturalmente sobre el poder, muy importante: quiénes mandan en Colombia, y en dónde y hasta dónde. Son unas preguntas que de ninguna manera tienen una respuesta sencilla. Podemos mirar quiénes han sido los presidentes del país:

¿oligarcas, feudales? No. No lo eran. Yo escribí un ensayo hace años sobre el cacicazgo, quizás el primer intento de escribir sobre el poder local en Colombia, y probaba que, de algún modo, el poder estaba en los territorios.

En esas primeras entrevistas era notorio que deseaba mostrarme su posición subjetiva frente a la historia: “Paulatinamente comencé a entender algo en los años sesenta. Logré escapar de los lugares comunes y de los estereotipos. Cada historiador tiene su sesgo, tiene su talento, su manera de pensar”.

También quería recalcar la diversidad de su obra y la riqueza de su mirada con cierta autocritica o, para llamarlo con sus palabras, su condición: “Yo nunca pude tener unos temas puntuales. Siempre me interesaron demasiados temas. Al fin y al cabo, la historia es tan rica como la vida, variada”.

Quería también señalar sus inicios como un testigo de contraste de lo que veía en la realidad actual del país en el 2023. En sus conversaciones se reiteraba el pasado como un espejo constante del presente:

El país cambió mucho en los últimos 60 años. No había prácticamente ningún estudio riguroso hace 60 años. Los cambios han sido enormes. El orden público y la capacidad de gobernar. Uno de los problemas de la coyuntura actual es que hay gente que no reconoce eso. Y no estoy pensando en unos oligarcas retrógrados y reaccionarios. Es justo lo opuesto. El problema es que no se puede hablar con simplezas, con la simplicidad tan presente en la retórica actual, en las actuales manifestaciones.

Evidentemente hablaba de las visiones reduccionistas de muchos líderes de izquierda de ese momento. Los historiadores del siglo XIX le llamaron mucho la atención: “No eran nada despreciables Restrepo ni los hermanos Cuervo”. Quizás la primera pregunta sería que se formuló Malcolm fue qué había sucedido exactamente con toda esa gente en el siglo XIX.

Nostromo siempre le pareció importante. Es el mismo Malcolm quien volvería a él, en *Del poder y la gramática*, para dejarnos unas pistas sobre su trabajo y sus intereses, que él sólo entendería con el paso de los años:

No todos los críticos, sin embargo, han reconocido la rotunda sutileza de la obra (*Nostromo*). Echa raíces en una era de “caudillos bárbaros” y termina, incluso, en una fecha tan temprana como 1904, con los agitadores marxistas. Confronta el imperialismo, la fuerza impersonal y transnacional de los intereses materiales, y lo condena como inadecuado. No obstante, su condena no es simple: a la pequeña república de Sulaco, medio bien y medio mal nacida, le falta un proyecto moral. Pero la vieja Costaguana está todavía más lejos de ser un paraíso, a no ser un “paraíso para culebras”.

“Insuficientes —pensaba Conrad de sus lejanas memorias de marinero principiante— como para servir de base a toda una novela”. Pero con algunos libros de viajes, con unos cuantos encuentros con Santiago Pérez Triana y con su imaginación genial bastaba. Imposible en tan corto espacio intentar resumir un libro como *Nostromo*. Sin embargo, es legítimo señalar su

actualidad frente a la nueva era nacional del petróleo y de la gran minería.

¿Y el “hombre casi fiera”? Conrad no desperdiciaba nada. Aparece, casi veinte años después de la publicación de *Nostromo* en el escenario lejano-oriental de la novela *Victory*, como Juan Pedro. Sigue Malcolm en *Del poder y la gramática*:

Es un cazador de caimanes —dice su amo—. Fue una adquisición mía en Colombia, ¿sabes? ¿Conoces a Colombia? “No —dijo Schonberg muy sorprendido—. ¿Un cazador de caimanes? ¡Qué oficio tan curioso! ¿Viene de Colombia, entonces? Sí, pero he estado viniendo desde hace mucho tiempo”.

Malcolm Deas siempre encontró algo nuevo sobre qué escribir, siempre halló un detalle inusitado, una pregunta o un lugar o un personaje que visitar. La historia nunca estaba quieta. La historia siempre estuvo viva para él. Ahora mismo, en el 2023, termino este capítulo, en Bogotá, a dos meses de su muerte, y recuerdo las palabras de Conrad en su extraño prefacio de la primera edición de *Nostromo*, de 1904:

Al fin, el marinero, disgustado de la sórdida ruindad de aquel ladrón impenitente, desertó de la goleta. El episodio entero ocupa unas tres páginas de su autobiografía. Nada hay que decir respecto a esta, pero, al repasar su contenido, la curiosa confirmación de las pocas palabras, oídas casualmente en mi primera juventud, evocó los recuerdos de aquella época lejana, cuando todo era tan nuevo, tan sorprendente,

tan romántico, tan interesante: retazos de costas extrañas a la luz de las estrellas, sombras de montañas en pleno sol, pasiones de los hombres en la oscuridad, charlas medio olvidadas, semblantes que se ponían tétricos. Quizás queda todavía en el mundo algo de qué escribir.

De desacuerdo y amistad

Por James Robinson, premio Nobel de Economía

Yo llegué a Colombia en 1992, y en 1994 comencé a dictar cursos de verano en la Universidad de los Andes, gracias a Juan Ricardo Ortega. Él me invitó, y desde entonces empecé a venir de manera regular. Empecé a aprender sobre la economía política de Colombia, tratando de entender mejor el país. Soy economista de formación, pero me atraen las ciencias políticas y la historia, así que me sumergí en la historia colombiana y la literatura académica.

El nombre de Malcolm seguía apareciendo durante mis lecturas. Lo conocí, no en Bogotá, sino en su oficina en St. Antony's College, en Oxford, probablemente en 1997 o 1998. Yo estaba impartiendo un seminario allí. Le envié un correo para presentarme, y coordinamos una reunión. Su oficina era increíble, llena de libros. Fue allí donde nos conocimos, comenzamos a hablar y nos hicimos amigos.

No estábamos de acuerdo en muchas cosas, pero Malcolm fue increíblemente generoso con su tiempo y su conocimiento. Lo conocí aún mejor durante mi año sabático en Bogotá, entre el 2003 y el 2004, cuando pasé un año en Los Andes. Para ese

entonces, estaba animando a los estudiantes colombianos a emprender proyectos históricos sobre el desarrollo económico a largo plazo. Malcolm fue fundamental en esos esfuerzos. Por ejemplo, tenía una copia valiosa del Catastro de Cundinamarca, un censo de terratenientes del siglo XIX. La compró en Bogotá en los años sesenta, y digitalizamos los datos para un artículo que coescribí con mis estudiantes.

Frecuentemente visitábamos su apartamento, donde él siempre estaba listo con notas e ideas. Ese año colaboramos mucho, y fue una experiencia enriquecedora. Más tarde, cuando Alejandro Gaviria se convirtió en decano de Economía en Los Andes sugirió que Malcolm y yo dictáramos conjuntamente un curso de verano. Sonaba como una idea loca, pero lo hicimos durante unos cinco años. Malcolm abordaba el material como historiador, con notas detalladas, mientras que yo usaba diapositivas de PowerPoint para ofrecer perspectivas comparativas o globales. A los estudiantes les encantaba. Una de mis antiguas estudiantes, Laura Montenegro, que recientemente terminó su doctorado, me contó lo mucho que disfrutó esa clase cuando era estudiante de pregrado.

Con el tiempo, Malcolm y yo nos hicimos muy buenos amigos. Siempre que estaba en Bogotá, nos encontrábamos. Yo viajaba con frecuencia a Colombia, en especial durante las negociaciones de paz con las FARC, ayudando a organizar eventos e invitando a académicos. Malcolm estaba involucrado en muchas de estas iniciativas.

También trabajamos juntos en proyectos de investigación, como uno sobre la historia económica del siglo XX de Colombia, con Miguel Urrutia. Al final, Malcolm no contribuyó con un

capítulo del libro que resultó de esa experiencia, pero participó activamente en los eventos, incluyendo conferencias que organizamos en Harvard y en Villa de Leyva. Estas colaboraciones siempre fueron dinámicas y estimulantes desde el punto de vista intelectual.

En el ámbito académico tiendes a estar en desacuerdo todo el tiempo con diferentes personas, pero eso no significa que no puedas respetar su opinión. Quiero decir, hay muchos temas en la academia sobre los cuales personas razonables pueden estar en desacuerdo, y creo que la posición de Malcolm siempre fue la de un columnista. Él se enfocaba mucho en cómo Colombia había logrado hacer las cosas mucho mejor que otros países latinoamericanos, pero para mí, viniendo de afuera, eso me parecía una cosa sobre la cual era algo absurdo poner énfasis, porque el panorama general es que los países latinoamericanos lo han hecho muy mal en los últimos 200 años. Yo diría, entonces: ¿por qué enfocarse en eso? Creo que él, como latinoamericanista, está mucho más enfocado en las diferencias entre todos estos países, lo cual es fascinante e importante, pero supongo que, como yo venía de afuera y comparaba con otras partes del mundo, esas diferencias no me parecían tan relevantes.

Yo escribí un artículo sobre Colombia como un país latinoamericano normal, tratando un poco de hacer burla de la obsesión colombiana de cómo Colombia es exitosa, que para mí es absurda, pero aún hay gente que la defiende. El año pasado cené en Bogotá con unos de estos oligarcas, y ellos siguen con esa narrativa de que Colombia es una historia de éxito, lo que me parece completamente extraño, pero así siguen pensando. Claro, ellos son exitosos, se lo dije. Le dije que era ridículo. Y es fácil

establecer que también son complacientes. Quiero decir, son muy complacientes.

Creo que Malcolm sabía mucho más sobre Colombia que yo, y uno tiene que respetar la opinión de alguien que tiene un conocimiento más profundo que uno. Así que respetaba su perspectiva. He coenseñado muchas veces con personas con las que no estaba de acuerdo, y creo que está bien, incluso puede ser algo positivo. A los estudiantes les gusta cuando hay desacuerdos, porque hace que la discusión sea más interesante. Después de todo, estos son temas complejos: caracterizar el potencial de desarrollo de un país o diagnosticar sus desafíos no es algo sencillo.

Malcolm tenía un especial talento para las observaciones perspicaces. Recuerdo una conferencia en la que habló sobre cómo el conflicto en Colombia había bloqueado las posibilidades de que la izquierda se fortaleciera. Y mire lo que pasó: después de que las FARC se desmovilizaron, Colombia eligió a su primer presidente de izquierda en la historia. Esa fue una excelente predicción basada en su profundo entendimiento de la sociedad colombiana.

Estábamos en desacuerdo en algunas interpretaciones, pero respetaba su conocimiento y su enfoque. Malcolm también era generoso, gracioso y profundamente académico. Le encantaba debatir ideas y participar en discusiones significativas. Creo que nos respetábamos mutuamente, y eso hizo que nuestra colaboración funcionara.

Los desacuerdos no son un problema: así es como aprendes. Muchas obras filosóficas importantes, como *La República*, de Platón, o los escritos de Cicerón, están estructuradas como diálogos, porque debatir y refinar ideas es parte integral del

crecimiento intelectual. Yo nunca tuve un problema con estar en desacuerdo: es parte del proceso de aprender y entender.

Aunque él no era muy amigo de las teorías estadounidenses, la ironía es que instituciones de Estados Unidos, y específicamente una organización internacional con sede en Nueva York, fueron las que apoyaron a Malcolm durante sus primeros tres o cuatro años de investigación en Colombia. Le proporcionaron un salario, lo que le ayudó a establecerse en su campo.

En los años sesenta, en Oxford y Cambridge las personas no solían hacer un doctorado. Los doctorados eran más una tendencia estadounidense de esa época. Incluso en los años setenta no eran lo común. Por ejemplo, cuando era estudiante de pregrado en la London School of Economics, fui alumno de Tony Atkinson, uno de los economistas británicos más distinguidos de su generación. Él tampoco tenía un doctorado, y era mucho más joven que Malcolm, así que creo que es importante entender que esto era solo parte de la cultura académica en Oxford y Cambridge: no se consideraba esencial tener un doctorado.

En cuanto a por qué Malcolm no escribió un libro clave sobre Colombia, diría dos cosas. Primero, él estaba profundamente dedicado a la enseñanza, y a ser mentor de sus estudiantes. En Oxford, el modelo de enseñanza es muy intenso, con mucha interacción uno a uno, y Malcolm puso un esfuerzo tremendo en eso. Hay que ver la calidad de sus estudiantes: Jorge Orlando Melo, Marco Palacios y Eduardo Posada Carbó, entre otros. Ellos moldearon todo el campo de la historia moderna de Colombia. La influencia de Malcolm fue profunda a través de sus estudiantes, lo que es un legado en sí mismo.

Segundo, Malcolm no estaba particularmente interesado en crear una gran síntesis general. Solía decirme que estaba más fascinado por los detalles y las cosas pequeñas y específicas. Escribir una historia completa de Colombia habría requerido un enfoque en narrativas grandes y abarcadoras, y él simplemente no encontraba eso atractivo. Prefería explorar las sutilezas y lo cotidiano: leer los diarios de alguien, analizar actividades diarias y descubrir verdades más profundas a través de esos lentes.

Eso no significa que su trabajo no fuera profundo. Sus ensayos son increíblemente profundos. Su investigación sobre lo militar, por ejemplo, es sobresaliente, pero su enfoque hacia la historia no se trataba de crear una narrativa monumental única. Él pensaba que ese tipo de síntesis a menudo conducía a generalizaciones superficiales, lo cual no coincidía con su personalidad o estilo intelectual.

Para Malcolm, la historia era como un caleidoscopio, una colección de observaciones intrincadas y detalladas que, al unirse, revelaban la complejidad de una sociedad. Abordaba grandes preguntas cuando era necesario, pero fundamentalmente estaba más interesado en el nivel micro, en las historias granulares que reflejaban el todo más grande.

Y el hecho de que no tuviera doctorado era irrelevante para mí. Malcolm era un erudito asombrosamente culto. Había leído prácticamente todo lo que se había escrito sobre Colombia, o por colombianos, en los últimos 300 años. Puso ese conocimiento al alcance de los demás, empoderándolos para que persiguieran su propio trabajo. Ese era su proyecto intelectual, no escribir una gran historia, sino proporcionar las herramientas y conocimientos para que otros lo hicieran.

Además, no estaba sujeto a las mismas presiones profesionales que los académicos en los Estados Unidos, donde a menudo te juzgan por tu capacidad para producir libros y artículos en revistas prestigiosas. Trabajó en un ambiente diferente, en el que las expectativas eran menos rígidas, pero eso no les restó importancia a sus contribuciones.

Malcolm también estaba profundamente informado sobre otras partes de América Latina. Por ejemplo, su capítulo en *The Cambridge History of Latin America* compara Venezuela y Colombia en los siglos XIX y XX. Es un análisis brillante de cómo estos dos países, a pesar de parecer similares en el siglo XIX, tomaron trayectorias completamente diferentes en el siglo XX. Ese es solo un ejemplo de su vasta experiencia.

Era un lector voraz y un compulsivo comprador de libros. Malcolm nunca podía pasar por una librería sin comprar algo. Yo soy igual. Tengo más de diez mil libros, pero la colección de Malcolm era extraordinaria.

Así que Malcolm no encajaba en el molde de un académico tradicional en algunos aspectos, pero su profundidad de conocimiento, su pasión por enseñar y su enfoque único hacia la historia dejaron una huella indeleble en ese campo.

Me parece importante ver la historia de la academia en Colombia. Mi ejemplo favorito de esto es la primera historia económica moderna de Colombia, escrita por William McGreevy. Fue publicada en 1970 y más tarde traducida al español. Hubo una conferencia en Bogotá alrededor de 1973, y aún se puede encontrar la transcripción de esa conferencia.

McGreevy era un economista, y es un libro brillante. Incluso escribí el prólogo cuando el Banco de la República lo publicó

recientemente, explicando por qué el libro es tan importante, pero en ese entonces el libro fue completamente despreciado por personas como Frank Safford, mi amigo Salomón Kalmanovitz y otros. Todos lo abordaron desde una perspectiva marxista. Lo criticaron por no tomar en serio el papel del campesinado, el materialismo histórico ni la lucha de clases.

En los años setenta, la academia colombiana estaba dominada por el marxismo. Muchos académicos incluso defendían la lucha armada. Creo que la reacción de Malcolm hacia la izquierda en Colombia surgió de este contexto. Para él, la izquierda se había deslegitimado completamente al promover el derrocamiento armado del gobierno. Le parecía un escándalo y completamente inaceptable. No sé mucho sobre Gonzalo Sánchez, pero la percepción de Malcolm sobre la izquierda se formó por un marxismo muy dogmático que dominaba la academia colombiana. Malcolm era conservador, no en un sentido radical, sino en un sentido tradicional, inglés. Diría que era el tipo de conservador que probablemente votaba por el Partido Conservador, cosa que yo nunca haría, pero ese conservadurismo formó su visión de la izquierda.

Consideraba que la interpretación marxista de la historia colombiana era empíricamente errónea, incluso ridícula. También creía que la defensa de la lucha armada era tóxica y desastrosa para Colombia, llevando a décadas de miseria y violencia. En lugar de impulsar a Colombia hacia un futuro utópico, la frenaba.

Creo que Malcolm veía a las FARC y el conflicto armado en general como una calamidad para la sociedad colombiana. Y en gran parte tenía razón. ¿Qué bien salió de eso? Décadas de sufrimiento, y solo ahora, con la violencia disminuyendo en su mayoría, vemos la posibilidad de un presidente de izquierda.